

## “EL BURGO DE DON SEBASTIÁN” LA NOVELA CALEÑA DE LOS AÑOS TREINTA

La escasa investigación desarrollada hasta el momento sostiene que la única novela publicada en Santiago de Cali y sobre la ciudad de Cali en la década de 1930, fue *El burgo de don Sebastián*. El libro fue escrito y editado en Cali finalizando la década del treinta del siglo XX (1938). En su carátula aparece representada la figura de Sebastián de Belalcázar, con su espada, casco, vestido típico de soldado conquistador, mirando desde lo alto una ciudad oscura y al lado de una cordillera. En este libro de XXII capítulos, también, aparece la "opinión crítica sobre el último libro del autor", donde encontramos consignadas, en la última página, opiniones como la del escritor Ricardo Freire. La foto y el Ex Libris del autor del libro, una descripción de sus obras publicadas y por publicar, y una página de correcciones también corresponden a la presentación del mismo.

El libro fue impreso por *Editorial América S. A.*, la primera editorial moderna que tuvo la ciudad de Cali en toda su historia. Esta firma editorial dirigida por Virgilio González R., su mayor accionista y editor del periódico *El liberal* de Cali, le publicó a Gregorio Sánchez una gran variedad de obras; de esta forma Virgilio González continuó por el camino de Arturo Zapata en el mundo de la edición e impresión de libros.

Además de las inestabilidades personales y familiares, Gregorio Sánchez pudo representar las características y las transformaciones urbanas de la ciudad de Cali de ese entonces. La arquitectura moderna de algunos barrios residenciales o en construcción; la descripción de la ciudad *con sus oficinas, talleres y fabricas de toda índole*, así como sus atardeceres y sus noches; las descripciones de la *Avenida Uribe*, el cementerio, los días feriados; la vida en las vías públicas, el cabaret, el templo de San Francisco, el Puerto fluvial de Juanchito; la ciudad vista desde la colina de San Antonio; la estación del tren con sus rateros y ladrones; la revista de aviones en el *Guabito*; el papel de los turcos y los libaneses en el comercio de la ciudad; el posicionamiento del sector profesional (ingenieros, abogados, médicos); el asombro y la perplejidad

de los ciudadanos ante el confort y el bienestar que les producían los espectáculos públicos en el hipódromo, el estadio, las empanadas bailables en el Alférez Real, el circo, el aeródromo civil de la *Scadta*; los periódicos de la tarde y las películas en la noche, es decir, todo el conjunto de bienes, relaciones, individualidades y “mojones” urbanos que empezaban a marcar los nuevos referentes de la ciudad, y a decidir los modos de estar juntos en ella.

Refiriéndose al tipo de sociedad colombiana que Alfonso Lizarazo logró representar en sus obras para la década de los años treinta, el profesor Gutiérrez Girardot sostiene: " (...) Era una sociedad pobre en el más amplio sentido de la palabra. La pomposa clase alta era intelectualmente pobre. El poderoso estamento de la clerecía era moral y culturalmente pobre. Pobres eran las clases medias y más pobres aún sus aspiraciones de asemejarse a los estamentos de la *nobleza*. Desgraciadamente pobres eran las clases populares. El retro progreso de la república liberal, la apariencia cortesana de las altas clases sociales, el lujoso poder de las jerarquías eclesiásticas, la moderada revolución verbal de la legislación, escondían con brillo ilusorio la estructura señorial y sobre todo la existencia de todo una masa social mayoritaria que pagaba con la más útil explotación de que era objeto, los privilegios de que seguían gozando los descendientes de los encomenderos coloniales"<sup>1</sup>.

Estas representaciones que fueron muy típicas de los escritores liberales en la década de del treinta, también las encontramos en *El Burgo de don Sebastián*. La desconfianza en los valores sociales imperantes, la ironía por el hedonismo y el gusto de los sectores pudientes-el mismo título, *El Burgo de don Sebastián*, es una expresión de esta herramienta literaria-, la simulación y el consumo aparecen como los temas a través de los cuales podemos estructurar el código de la obra. No es gratuito que la narración se de comienzo con la descripción de la llegada de un vehículo a una moderna mansión de un barrio residencial. Completan este cuadro de yuxtaposiciones las descripciones que referencian la distinción de una mujer como Julia, al lado de su chofer personal y una criada, Felisa Cobo.

---

<sup>1</sup> Rafael Gutiérrez Girardot, *La literatura colombiana en el siglo XX*, en Manual de historia de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura, Tomo III, 1984, Tercera Edición, pp. 517, 518.

Toda esta *cultura de viñeta*, como lo diría el profesor Girardot, que caracterizó a los sectores pudientes de la sociedad colombiana quedó ampliamente representada en la obra de Sánchez. Cultura *superflua y subalterna* que lograba enmascarar las tragedias y contradicciones propias de la condición humana, en una sociedad que se modernizaba en torno al mercado y continuaba girando alrededor de las expresiones más aristocráticas y tradicionales de la ciudad.

En *El burgo de don Sebastián*, la crisis social fue planteada por Sánchez Gómez cuando Julia Fernández de Urquijo impidió a toda costa que su hermana Carmen mantuviera relaciones amorosas con el joven aviador, Teniente Camilo Loaiza. Las hermanas Urquijo pertenecían a una familia tradicional y acomodada. Eran las hijas del coronel Calixto Fernández-un militar que había participado en la guerra civil, y había muerto hacia 10 años-y Mercedes de Fernández, la viuda, que ante la muerte del coronel se había quedado viviendo en la casona colonial, con un traje negro y “bebiendo copitas de ron” “calentados” para calmar sus dolencias.

Julia Fernández era una mujer de veinticinco años, casada, cinco años después de la muerte del coronel, con Reinaldo Montejo, un abogado rico y prestigioso en la ciudad. Así, mientras dedicaba su tiempo libre a las labores de beneficencia, quiso imponer a su hermana las figuras del ingeniero Góngora y del acaudalado comerciante de sedas Jeremías Otero. Las cosas no resultaron como Julia había planeado, sin embargo, continuó interponiéndose entre la joven pareja.

La tragedia en la novela no solamente está definida por la separación entre Carmen Urquijo y el Teniente Loaiza, ante la muerte de este último en la revista de aviación llevada a cabo en el *Guabito*, sino por el terrible secreto conocido por Reinaldo Montejo, al escudriñar en la cartera y la libreta de su esposa Julia Urquijo. Julia, la mujer que se opuso a los amores de su hermana porque el teniente Loaiza no era un “partido” seguro, desde ningún punto de vista, la persona encargada de la caridad pública, que vivía en un barrio moderno y residencial, la hija del coronel Calixto Fernández, tenía un secreto:

sentía atracción por un hombre que no era su esposo, el ingeniero Góngora. Sin embargo, este hecho no fue suficiente razón para que el matrimonio Urquijo-Fernández se disolviera.

Contrastes y yuxtaposiciones, prejuicios de clase, la condición humana y expresiones de una nueva cultura en la ciudad son los rasgos más importantes que Gregorio Sánchez nos da a conocer a través de un narrador protagonista. Y pese a que la novela no ha sido reconocida en las clasificaciones de los manuales de ayer y de hoy, la novela debe ser reconocida como lo fueron varias de las novelas escritas en la república liberal de los años treinta. Estoy haciendo referencia a obras como *El estudiante de la mesa redonda* (1932) de Germán Arciniegas, *Cuatro años a bordo de mi mismo* (1934) por Jorge Zalamea Borda, *La cosecha* (1935) de José Antonio Osorio Lizarazo, *Mancha de aceite* (1935) por el médico César Uribe Piedrahita y *Una derrota sin batalla* (1935) de Luis Tablanca, entre otras.

Por eso la figura Gregorio Sánchez debe destacarse al lado de todos estos escritores de prolífica producción como él, y que paulatinamente empiezan a recuperarse para una posible literatura nacional. Para los ciudadanos de Santiago de Cali el libro significa mucho. Ubicar en las representaciones propias de la literatura, así como en sus códigos, las primeras imágenes de ciudad que aún se conservan y se modifican en los avatares propios de una modernización nacional que continúa insistiendo en los valores propios del mercado y los signos aristocráticos.

Voces como las de Luis Eduardo Nieto Caballero, Santiago Jiménez Arrechea, La voz de Caldas, de Manizales o del crítico Ecuatoriano Nicolás Jiménez dieron a conocer de manera corta y ligera sus opiniones sobre el libro. Se suman a las anteriores las opiniones del poeta cubano Rafael R. Vidal y del novelista y dramaturgo ecuatoriano Humberto Salvador. Hoy, con esta recuperación, estamos invitados a una lectura creativa desde nuestras propias inquietudes de ciudadanos que nos encontramos inmersos en los cambios culturales propios de finales de siglo XX y comienzos del XXI, igual como

aconteció hace más de sesenta años con la ciudad en que vivía Sánchez Gómez.